

SUBSIDIO

PALABRAS DEL PRESIDENTE DEL CELAM EN LA SESIÓN DE CLAUSURA EN EL CONGRESO ECLESIAL MEDELLÍN 50 AÑOS

Seminario Mayor de Medellín
Medellín, Colombia, 27 de agosto de 2018

*Cardenal Rubén Salazar Gómez
Arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia*

Muy buenos días para todos.

Con la Eucaristía que vamos a celebrar a continuación cerramos este Congreso Eclesial “Medellín 50 años”. Como se ha dicho en varias oportunidades a lo largo de estos días, no nos hemos reunido para mirar al pasado con añoranza, para hacer reminiscencia de hechos cumplidos, para suspirar con nostalgia por personas que se han ido. Nos hemos reunido para aprender del pasado a discernir nuestro presente y para lanzarnos con pasión a afrontar los desafíos que aparecen en el horizonte eclesial, animados por las palabras de nuestro Maestro; “*No teman. Yo estaré con ustedes hasta el fin de los tiempos*” (Mt 28, 20).

1. Introducción

Es mucho lo que hemos aprendido de panelistas y conferencistas. Son amplios los horizontes que se han abierto en el trabajo de las comunidades. Iluminadoras las lecturas que hemos hecho de la Palabra y las celebraciones que hemos compartido. Maravillosos los vínculos de fraternidad que hemos establecido o fortalecido. Y ahora llega el momento de la acción, como lo acabamos de ver en la sesión previa. Son variadas, diversas y ambiciosas las propuestas que han surgido. Significativas y desafiantes, si queremos construir una Iglesia más fiel a su vocación. Pero más que acciones, necesitamos actitudes renovadas. Y a la base de las actitudes están los valores, que son los que surgen de nuestro encuentro con el Señor Jesús.

Al finalizar este encuentro quiero invitarlos a reflexionar sobre dos valores fundamentales que estamos llamados a vivir si queremos construir la Iglesia que Dios quiere: la reconciliación y la comunión. Y para ilustrar dichos valores me serviré de un texto de la Escritura asociado con la vida de San Pablo.

2. Reconciliación y comunión

Quiero invitarlos a recordar lo que nos narra el texto de los Hechos de los Apóstoles en el capítulo 11 tras el primer relato de la “conversión” de San Pablo (vv. 19 ss.). Son pocas líneas en las que se resumen los dolorosos y difíciles comienzos de la fe hasta cuando por primera vez se denomina “cristianos” a los creyentes en Antioquía (v. 26). En esos años Pablo había vivido un proceso de “conversión” mucho más largo que el breve encuentro con el Señor en el camino de Damasco. Había hecho “retiros”, se había presentado a los creyentes, había dado evidentes signos de cambio, y había hecho su mejor esfuerzo para demostrar que era otro, que ya no era el perseguidor de los cristianos. Pero nadie creía en él. Puede que lo acogieran amablemente y le sonrieran, pero en el fondo, todos sospechaban de él. Nadie creía que hubiera cambiado. Lo más probable es que fuera un “infiltrado”. Habían escuchado tantas cosas de ese hombre apasionado por el judaísmo que les parecía imposible que fuera verdad tal transformación.

Finalmente, Pablo se cansó. Aburrido de tanto empeño infructuoso, se fue a Tarso, su pueblo natal. Tal vez la causa no valía tanto esfuerzo. Lo abandona todo. Pero tan pronto llega Bernabé a Antioquía, enviado por los Apóstoles de Jerusalén, se va para Tarso a buscar a Pablo “*y cuando lo encontré, lo traje a Antioquía*” (v. 26). Bernabé fue el primero que creyó en Pablo, a pesar de lo que había hecho, a pesar de lo que decían de él, a pesar de todo.

Yo los invito a que cada uno de nosotros pensemos en los Bernabé que hemos tenido en nuestra vida, que han creído en nosotros a pesar de nuestras fallas, de nuestros defectos, de nuestros errores. El problema es que como en la parábola del deudor perdonado nos cuesta perdonar a los que nos deben, ser testigos de la misericordia,

ser Bernabé para los demás. Y esa es mi invitación para que sigamos construyendo la Iglesia latinoamericana y caribeña que Dios quiere: ¡desarmemos los espíritus! Bajemos la guardia, dejemos de estar prevenidos contra otros. No podemos vivir en una Iglesia en la que los acólitos estén contra la Infancia misionera, los catequistas contra el grupo juvenil, la Legión de María contra la adoración nocturna, los presbíteros contra los diáconos permanentes o los obispos contra los religiosos. Más allá de cualquier distinción somos fieles cristianos iguales en dignidad. Sanemos las heridas del pasado. ¡Reconciliémonos!

Como presidente del Celam, en nombre de mis hermanos Obispos, les pido perdón a todas las personas a quienes hayamos podido herir en nuestro ministerio, si hemos podido “perseguir” a alguien, si hemos sido duros, indiferentes, si nos ha faltado prontitud o celo pastoral. Y les imploro que acepten nuestro perdón. ¡Perdónenos! Que este Congreso Eclesial sea la oportunidad para que comencemos una nueva etapa, una nueva relación, unos nuevos vínculos que nos permitan construir una Iglesia más fraterna, más igualitaria, más pobre, más misionera. Como les decía en la sesión de inauguración, ayúdenos a construir una iglesia “en salida”, decididamente misionera, pobre para los pobres, en diálogo con el mundo y en la que estos calificativos no sean sólo frases bonitas. Una Iglesia en la que nos queramos de corazón, en la que aprendamos a perdonarnos, en la que vivamos el Evangelio, en la que la puerta de la corrección fraterna esté siempre abierta y el diálogo fluya de manera permanente, en la que se viva la comunión.

¡Y esto que vivimos aquí es comunión! ¡Gracias! Gracias por este nuevo pentecostés vivido en estos días. Gracias por esta hermosa experiencia eclesial. Sigamos caminando para que Medellín siga produciendo frutos, como lo hace en el ministerio del Papa Francisco. Si en aquel momento atacaban la institución, hoy atacan a la persona. Por eso es importante que rodeemos y apoyemos al Papa. Y que como lo solicita permanentemente, que oremos por él.